



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Lacoste, Pablo

EL VINO Y LA NUEVA IDENTIDAD DE CHILE

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 2, núm. 20, 2005, pp. 24-33

Universidad de Talca

Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027759003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESUMEN

El artículo propone colocar el vino como base para repensar la identidad de Chile. Hasta ahora, la identidad económica de este país ha sido asociada con productos primarios, como el salitre y el cobre. En este sentido, ha sucedido lo mismo que con otros países latinoamericanos, definidos como petroleros, gasíferos, cafeteros, yerbateros, cerealeros o cocaleros. Se cuestiona esa identidad porque no hace más que perpetuar el papel que las Grandes Potencias de Europa asignaron a América Latina en la época colonial, reservándose para ellas la identidad de países industriales. Para romper esta consolidada tendencia, se propone repensar la identidad de Chile a partir de su industria vitivinícola. Como fundamento se señala que Chile es el quinto exportador mundial de vino; que esta es su principal exportación industrial; y que detrás del vino aletea un modelo social distinto, con otros actores y protagonistas.

Palabras clave:

Vino e identidad - Identidad de Chile - Iconografía del vino

ABSTRACT

This paper focuses on the wine industry in order to rethink Chile's new national identity. Often, Chile's economic identity has been associated to primary production (agricultural or mineral), such as saltpeter and copper. The same has occurred in other Latin American countries, which have been defined as producers of oil, gas, coffee, yerba mate, cereal, or coca. We contest this identity because it perpetuates the role imposed on Latin America during colonial times by the Great European Powers, who saved the industrial country identity for themselves. In order to break away from this well-established tendency, we propose rethinking Chile's identity in the light of its wine industry. We base our argument on the following issues: First, Chile is number five wine exporter in the world; second, wine is its main industrial export; and third, behind the wine industry there exists a special social model, with its own specific agents and protagonists.

Key words:

Wine and identity – Chile's identity – Wine imagine

El vino y la nueva identidad de Chile
Pablo Lacoste
Pp. 24 a 33

EL VINO Y LA NUEVA IDENTIDAD DE CHILE

Pablo Lacoste (*)

La identidad económica de los países latinoamericanos ha sido asociada, tradicionalmente, a productos primarios, sobre todo agrícolas y minerales. Ello ha llevado a hablar de país "petrolero" (Venezuela), "gasífero" (Bolivia), "bananero" (Ecuador), "cafetero" (Colombia), o "yerbatero" (Paraguay). En otros casos la abundancia de granos generó el concepto de "Granero del mundo" (Argentina). Por este camino se tiende a fortalecer la identidad de los países latinoamericanos como productores y exportadores de materias primas. Se trata de realizar el modelo de la división internacional del trabajo que impusieron las Grandes Potencias europeas entre los siglos XVI y XIX: África aportaba la mano de obra esclava, América Latina las materias primas, y Europa la industria. A pesar de la independencia latinoamericana, este modelo cultural no ha sido alterado en sus aspectos esenciales.

¿Es posible pensar de otra manera? ¿Se puede superar esa heteroimagen, internalizada luego por los mismos latinoamericanos, de países meramente primarios? ¿Se puede trascender ese sino, y construir nuevas identidades que pongan en valor – al menos utópicamente – el lazo de un país con una actividad económica que no sea primaria, sino industrial? ¿Es posible que un esclavo cambie la imagen de sí mismo,

(*) *Doctor en Historia, Universidad de Buenos Aires. Doctor en Estudios Americanos, Universidad de Santiago de Chile. Profesor Asociado de la Universidad de Talca.*

Artículo elaborado en el marco del Proyecto FONDECYT 1051109.

Artículo recibido el 29 de junio de 2005. Aceptado por el Comité Editorial el 25 de agosto de 2005.

Correo electrónico: placoste@utalca.cl

y comience a percibirse con otra identidad, al menos, en proceso de construcción?

Un país que tiene buenas chances en este plano es Chile. Sobre todo porque ha logrado avances relevantes en una actividad industrial y cultural a la vez: la vitivinicultura. En efecto, las exportaciones de vino chileno están llegando a los \$1.000 millones de dólares; el vino es la principal exportación industrial de Chile y, poco a poco, avanza como imagen identitaria del país en el exterior. En otras palabras, a través del vino, Chile se presentará a sí mismo ante el mundo, no como un país exportador primario, sino como un país más complejo y con capacidades industriales. En este sentido está trabajando Carmen Zegers García desde la arquitectura; y en esa misma dirección pretende aportar este artículo, desde la historia.¹

Otros países han avanzado en esta dirección. El caso de Francia puede ser útil, tal como se puso de manifiesto en una encuesta organizada por el gobierno de ese país. El sondeo consistía en preguntar a los franceses qué es lo que hace que un francés sea un francés. Los encuestados respondieron: 1-Nacer en Francia; 2-Defender la libertad; 3-Hablar francés; 4-Saber y apreciar el vino.² En lugar 1 aparece la tradicional apelación al origen de la nación, por oposición al sistema del Antiguo Régimen, cuando la cohesión estaba dada por la pertenencia a la misma Corona. En lugar 3 surge un elemento válido en Europa pero no en Hispano América, donde el idioma español es compartido por muchas naciones y no es fundamental para definir la identidad y distinguirse del otro. En el puesto número 2 surge el fuerte sello que la Revolución de 1789 ha dejado en la mayoría de los franceses, situación que no es compartida por muchos latinoamericanos, que recurrentemente han legitimado golpes de Estado y dictaduras militares. Y queda el punto 4 que da cuenta del lazo identitario con una actividad económico-cultural de carácter industrial, que resulta coincidente con la principal exportación industrial chilena. El problema es que, en este país, todavía no se ha concebido este tema con suficiente claridad.

El problema de la identidad nacional ha despertado fecundos debates, especialmente cuando la globalización tiende a arrasar las identidades locales y a uniformar a los grupos humanos según su capacidad de consumo. En Chile, Bernardo Subercaseaux (1996) Tomás Moulián (1997) y Jorge Larraín (2001) han planteado estos problemas.³ Moulián y Subercaseaux se han centrado en la imagen de Chile como país posmoderno, paradigma del éxito económico por su inserción en el proceso de globalización a partir de la adopción del modelo neoliberal para realizar sus críticas. Subercaseaux cuestiona la falta de "espesor cultural" en un país que se percibe a sí

¹ Zegers García, Carmen, "Poéticamente habita el hombre la tierra", ponencia propuesta para el VIII Seminario Iberoamericano "Viticultura y Ciencias Sociales", Universidad de Talca, 3, 4 y 5 de enero 2006.

² Klandstrup, Don and Petie, **Wine and War. The French, the Nazis, and de Batle for de France's Greatest Treasure**, New York, Broadway books, 2001, pp. 10-11.

³ Larraín, Jorge, **Identidad chilena**. Santiago, LOM, 2001. Moulián, Tomás. **Chile actual. Anatomía de un mito**. Santiago, LOM, 1997. Subercasaux, Bernardo. **Chile ¿un país moderno?** Santiago, Grupo Editorial Zeta, 1996.

mismo como exitoso y ganador por las variables macroeconómicas; por su parte, Moulián centra su análisis en el “ciudadano credit-card”, un nuevo sujeto que se caracteriza por su capacidad de consumo en los *mall* y los McDonald. Por su parte Larraín brinda una mirada más amplia de la modernidad, en la cual rescata la etapa de la identidad militar, y luego distingue actores sociales propios de Chile, como el “roto chileno”, en el cual encuentra elementos característicos del país, aunque toma distancias del enfoque de Gabriel Salazar, para quien la identidad sólo puede hallarse en el bajo pueblo, no así en las élites que –según este autor– no generarían nada original sino meras copias de los países centrales.

El caso de Francia puede ser muy útil. Fernand Braudel, en **La identidad de Francia** traza una forma mucho más compleja y rica de abordar el problema de la identidad. No se mira desde categorías intelectuales propias de las élites universitarias (al estilo modernidad-posmodernidad), ni de las pautas de consumo de las grandes urbes (*mall*, Mc Donald) sino desde las actividades socioeconómicas que se desarrollan en los distintos territorios del país. A partir de esta interacción entre naturaleza y cultura, Braudel realiza una re-lectura de la identidad de su país, y nos entrega un modelo que puede ofrecer un campo fecundo de análisis. Así por ejemplo, en vez de enfatizar tanto los grandes centros comerciales, Braudel se refiere a la importancia de la cultura del vino como factor de alta incidencia en la configuración identitaria de los grupos humanos, sus hábitos de trabajo, sus prácticas políticas, sus costumbres higiénicas, sus redes comerciales y sociales, sus fiestas y espacios de encuentro social. “La viña es sociedad, poder político, campo excepcional de trabajo, civilización...”. Para este autor, en las distintas regiones francesas “la viña dejó marcas indelebles”. Porque “las viñas, aún desaparecidas, explican la limpieza anormal y la elegancia de las antiguas aldeas de viñadores”.⁴

En este sentido, la propuesta de Braudel, en Chile, nos hace acercarnos a Armando De Ramón, el cual ha buceado en torno a los elementos configuradores de las ciudades y las culturas de los territorios chilenos, fundamentalmente en los modos de producción. Se trata de un enfoque parecido al de Gustavo Véliz quien, por ejemplo, ha planteado la incidencia que la guerra y el ejército de Arauco, tuvo en la construcción de la actual identidad de los chilenos. En otras palabras, la propuesta de Braudel, con su cruce de la historia de las ideas con la historia social y económico-productiva, nos lleva a acercarnos a Véliz y De Ramón para repensar la identidad chilena, tratando de trascender las dicotomías teóricas de los posmodernos.

CHILE Y SU IDENTIDAD MILITAR

Entre el siglo XVI y el XIX, la identidad de Chile estuvo asociada a sus acciones militares. En una primera etapa, la tenaz resistencia mapuche a la dominación española generó el concepto de “Flandes Indiano”, por analogía con las luchas de

⁴ Braudel, Fernand, **La identidad de Francia**, Primera edición: París, 1986; Barcelona, Gedisa, 1993, Tomo III, p. 101.

los holandeses contra el mismo imperio español (1567-1648). Posteriormente, la fulminante victoria militar de Chile en la Guerra del Pacífico (1879-1884) generó las condiciones para que surgiera la noción de “La Prusia de América del Sur”, tomando como paradigma la rápida y demoledora acción de las fuerzas de Bismark en la guerra Franco Prusiana (1870-1871).

Chile como “Flandes Indiano”

La resistencia indígena en la Araucanía fue un elemento muy particular de la historia del imperio español en América. Especialmente por los levantamientos de fines del siglo XVI, que significaron el incendio de todas las ciudades fundadas por los españoles en la Araucanía: en la segunda mitad de la década de 1550 los mapuches destruyeron Villarrica (1552) y Los Confines (1554), Concepción (1554 y 1555); poco después lograron también destruir Cañete en dos oportunidades (1563 y 1569). Los españoles trataron de retomar la iniciativa y volvieron a levantar muchas de esas ciudades. Pero posteriormente, en el levantamiento general de fines del siglo XVI, los mapuches volvieron a arrasarse las ciudades de la Araucanía: Chillán (1599), Santa Cruz de Coya (1599), Valdivia (1599 y 1604), Imperial (1600), Angol (1600), Osorno (1600 y 1604) Castro (1600) y Villarrica (1602) y los Fuertes San Salvador de Coya (1597) y San Ignacio de Boroa (1606).

Ante la férrea resistencia mapuche, los españoles adoptaron la misma actitud que en Flandes: la negociación diplomática que estableciera la paz en la frontera. Este fue el sentido de la política de los parlamentos que, de acuerdo a Luz María Méndez, fue inaugurada en 1604 es decir, cinco años antes que la firma del tratado de Tregua por el cual España reconoció a la nación holandesa.⁵

A partir de entonces, el imperio español se contentó con controlar el territorio chileno hasta el Bío Bío y la ciudad de Concepción; desde allí hacia el sur, sólo ejercería el poder sobre el enclave estratégico de Valdivia y la isla de Chiloé.

De todos modos, esta crisis llevó a la Corona española a crear en la Araucanía el principal ejército permanente de América del Sur. Sus 2.200 plazas representaban una fuerza equivalente al conjunto de las tropas que el Imperio poseía en el resto de América del Sur, incluyendo los virreinos de Nueva Granada, Perú y Río de la Plata. Al menos así lo estimaba el general Miller, oficial británico que combatió en las fuerzas patriotas en las guerras de la independencia: “en tiempos pacíficos menos de dos mil hombres de tropas regladas españolas guarnecían la línea que se extiende desde Buenos Aires hasta Quito y Lima”, señaló el inglés en sus **Memorias** (1828).⁶

La existencia del ejército de Arauco causó un fuerte impacto cultural en la sociedad colonial chilena y marcó a fondo su carácter. Como ningún otro reino

⁵ Méndez, Luz María, “La política indígena en el siglo XVII chileno”. En: *II Encuentro de Historia Colonial*. Santiago, Universidad Andrés Bello, 14 de noviembre del 2000.

⁶ Miller, John, **Memorias del general Miller** (1828). Buenos Aires, EMECE, 1998.

español en América, la Capitanía General de Chile se vio marcada por esta notable presencia de militares en su frontera sur, lo cual tendría una significativa proyección en la evolución política, social, cultural en la región. Claudio Véliz ha llamado la atención con toda claridad sobre este fenómeno.

La financiación del Ejército de Arauco se realizó a través del Real Situado, institución por la cual, el Virreinato del Perú debía remitir al Reino de Chile una importante suma de dinero. En 1604 la Corona estableció que el Real Situado ascendería a 120.000 ducados; posteriormente esta cifra se elevó a 140.000 y en 1606 trepó a 212.000 ducados. El significado del Real Situado fue el de dinamizar fuertemente la economía regional. Basta tener en cuenta que en esos años, los ingresos ordinarios del fisco chileno se reducían a \$4.000, en tanto que el Real Situado equivalía a \$293.000. Como resultado, el ejército de la Araucanía en particular y el Reino de Chile en general, se convirtieron en un importante mercado que hizo sentir sus efectos en una vasta zona de influencia, de Tucumán y Asunción del Paraguay hasta Santa Fe y Buenos Aires.

El costo de la guerra de Arauco fue muy elevado, tanto en vidas como en recursos económicos. Más de 50.000 españoles murieron en este conflicto. Además, fue muy pesado para la Corona solventar los gastos de estas fuerzas. Se atribuye al rey Felipe II una sentencia alusiva: "la guerra de Arauco me ha costado la flor de mis guzmanes y más dinero y hombres que la de Flandes". En Europa, el Reino de Chile sería concebido en términos de "Flandes Indiano", tal como propuso Diego de Rosales en 1670.⁷

Con esta obra, dirigida a un público europeo, el autor intenta explicar la identidad de Chile mediante una analogía con un fenómeno conocido por sus lectores: las guerras de Flandes. Estas comenzaron en 1567 cuando los flamencos se revelaron contra las autoridades españolas que los gobernaban por derechos dinásticos. Felipe II trató de imponer con toda virulencia el tribunal de la Santa Inquisición, lo cual fue repudiado por el pueblo flamenco. La revuelta fue liderada por los trabajadores del textil de Armentier. Para doblegar la voluntad de los defensores, Felipe II envió al Duque de Alba (1567-1573), el cual fue famoso en toda Europa por implantar el terror hasta elevarse a la altura de un símbolo: siglos más tarde, las madres holandesas, para disciplinar a sus hijos desobedientes, solían amenazarlos con "llamar al Duque de Alba".

Después de medio siglo de guerra, España no logró someter a los flamencos y se vio obligada a firmar una larga tregua (1609-1621), lo cual significó reconocer de hecho la existencia de la nación holandesa. Posteriormente, este conflicto se potenció con el estallido de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que se extendió al conjunto de las naciones europeas. El reinicio de la guerra de Flandes fue considerado el mayor error de la política del Conde Duque de Olivares, quien gobernó España durante más de veinte años (1621-1643) como valido de Felipe IV. "El factor personal de su ansia de grandezas lo llevó al tremendo error de romper la paz con Holanda".⁸ Los elevados costos de este conflicto

⁷ Rosales, Diego de, **Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano**, 1670. Santiago, 1989, 2 tomos.

⁸ Marañón, Gregorio, **El conde-duque de Olivares** (Primera edición: Madrid, 1936). Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939, p. 185.

agotaron los recursos humanos y materiales. "Castilla, heroica y sumisa, acabó por secarse de hombres y de pecunia"⁹ La Corona resolvió continuar con otros reinos, sobre todo Cataluña y Portugal. Pero éstos se negaron a entregar su sangre por "guerras no defensivas ni inspiradas en un interés nacional, sino de sentido imperialista o religioso, y por lo tanto, arbitrario". Los fueros regionales garantizaban a portugueses y catalanes el derecho a no entregar hombres ni bienes para guerras de ese tipo. Ante una situación desesperada, la Corona mandó tropas para obtener esos recursos, aún en contra de las leyes, lo cual generó el estallido de cruentas luchas. Cataluña fue escenario de violencia, represión y muerte, mientras Portugal se declaró independiente e inició el desmembramiento del imperio español (1640), todo ello en plena guerra de los Treinta Años.

Hasta que por fin, tras su derrota, España se vio obligada a reconocer la independencia de Holanda en la Paz de Westfalia (1648). Todavía estaba fresco este recuerdo en el público europeo cuando Diego de Rosales resolvió explicar la identidad de Chile con este título: "Flandes Indiano". Este concepto fue acogido favorablemente por la comunidad académica, y luego pasó a tener un valor genérico, que trascendería el caso chileno, para emplearse en todos y cada uno de los casos de resistencia indígena frente al imperio español.¹⁰

Chile como "la Prusia de América del Sur"

El enfoque militar se proyectó en el siglo XIX, esta vez con motivo de la Guerra del Pacífico. La fulminante victoria de Chile sobre dos países que lo quintuplicaban en tamaño y población causó un fuerte impacto en la región y en el mundo. Surgió una nueva identidad de Chile: la "Prusia de América del Sur". En los foros parlamentarios, periodísticos, políticos y literarios de Buenos Aires de esa época influyó notablemente esta imagen, tal como se ha reflejado en la obra de Estanislao Zeballos y en su *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Se destacó también el poderío naval de Chile en el Pacífico, lo cual llegó a despertar el recelo de EEUU. El grado de rivalidad de Chile y EEUU, que estuvieron al borde de la guerra en 1893, fue calificado por el historiador norteamericano William Sater en término de "Imperios en conflicto" (1990).

La Guerra del Pacífico se transformaría en un elemento de singular importancia en la construcción del estado y la identidad nacional en Chile. Si lo comparamos con otros países latinoamericanos, en Chile se ha incorporado este conflicto al mismo nivel jerárquico que las guerras de la independencia, como hecho fundante en sí y por la jerarquía y prestigio con que se revistió a sus principales dirigentes. Por lo general, cuando los estados latinoamericanos tuvieron que construir sus historias nacionales, sus héroes y fiestas nacionales para homogeneizar culturalmente a sus respectivas poblaciones, apelaron a

⁹ Marañón, Gregorio, **El conde-duque de Olivares** (Primera edición: Madrid, 1936). Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939, p. 185.

¹⁰ Lázaro Ávila, Carlos, **Las fronteras de América y los "Flandes Indianos"**. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos. Departamento de Historia de América, 1997.

las guerras de la independencia. Así por ejemplo, para “argentinar” a los habitantes de la República Argentina, a través de la escuela, los manuales y las fiestas públicas, se avanzó en la exaltación de figuras militares de la independencia, como José de San Martín y Manuel Belgrano. A su vez, las fechas patrias eran los días clave de esa gesta, como el 25 de mayo (de 1810) y el 9 de julio (de 1816). Nombres de batallas de esas guerras fueron honrados con la imposición de los mismos para calles, plazas, escuelas y localidades, como Maipú y Chacabuco. Mecanismos parecidos se emplearon en los demás países de América Latina, empezando por Bolivia que desde el nombre mismo honraba a un líder de la independencia, Simón Bolívar.

En Chile en cambio, además de apelarse a estos símbolos (sobre todo con la exaltación de Bernardo O’Higgins y la celebración del 18 de septiembre), se brindó una jerarquía similar a la Guerra del Pacífico. Actores de este conflicto fueron elevados a la altura de los grandes héroes nacionales, sobre todo el comandante Arturo Prat. Otros referentes militares de la guerra del Pacífico también fueron honrados públicamente, como el general Baquedano, cuyos monumentos y denominaciones en lugares públicos se reiteran en los lugares más relevantes de Santiago. Por otra parte, entre las principales fechas patrias se incluyó el 21 de mayo, aniversario del combate naval de Iquique.

Después de la Guerra del Pacífico, Chile mantuvo su aparato militar durante dos décadas, debido al retraso de los tratados que cerraran ese conflicto, y a la rivalidad con la Argentina por problemas limítrofes. La carrera armamentista de ambos países estuvo muy cerca de desencadenar una guerra con alto poder destructivo. Las flotas de guerra de los dos países trasandinos llegaron a colocarse entre las ocho más poderosas del mundo. Pero finalmente triunfaron los pacifistas de Buenos Aires y Santiago, con la firma de los Pactos de Mayo (1902). A partir de entonces se cerró el ciclo militar en Chile y el país se encauzó hacia otros horizontes. De todos modos, los militares mantuvieron una presencia importante en el prestigio y en el bloque de poder nacional. Ello se reflejó en la Constitución Nacional de 1980 en la cual se consagró a las Fuerzas Armadas como “garantes de la institucionalidad”.

CHILE EXPORTADOR PRIMARIO: LA “REPÚBLICA DEL SALITRE” Y “CHILE COBRE Y MINERAL”

Posteriormente, de la identidad guerrera se pasó a la identidad económica. Entre 1880 y 1970 Chile surgió como un gran exportador de minerales, salitre primero (1880-1930) y cobre después (1920-1980). Estos productos significaron la mitad del total de las exportaciones chilenas en todo el período y la principal fuente de ingresos fiscales. Y con estos recursos, el Estado generó sus políticas de redistribución de la riqueza, con la expansión de la educación y el empleo públicos, la construcción de las grandes obras de infraestructura y el mejoramiento del sistema de transporte, sobre todo los ferrocarriles. Después de 1930, con el desarrollo del modelo industrial sustitutivo de importaciones (ISI), las exportaciones de cobre fueron fundamentales para financiar la importación de insumos necesarios para la industria nacional. Esta hegemonía del sector minero en la actividad

económica de Chile se hizo sentir en su identidad. Así por ejemplo, se ha llamado a Chile en términos de "República Salitrera" para el periodo 1880-1914.¹¹ Posteriormente, cuando el salitre perdió su vigencia y fue sustituido por el cobre, Chile fue identificado en el mundo precisamente por su liderazgo en la producción y exportación de este mineral. Ello se sintió hasta en las expresiones de la cultura popular como la música. Basta señalar el tema titulado "Canción por todos", escrito por Armando Tejada Gómez y ampliamente difundido en la interpretación de Mercedes Sosa. En este tema, considerado como un verdadero himno latinoamericano, se pasa revista de los países de la región con alguna nota identificatoria de cada uno; y allí se define al país como "Chile cobre y mineral". Esta imagen coincide plenamente con la hegemonía que ejercía el cobre en la política y la economía de Chile, tal como ha demostrado Ferandois.¹²

EL VINO Y LA UTOPIA DE CHILE COMO PAÍS INDUSTRIAL Y DESARROLLADO

Mientras los grandes inversores extranjeros y nacionales ocupaban el centro del escenario con la extracción y exportación de salitre y cobre, en el Chile profundo había capas laboriosas que trabajaban silenciosamente para poner en marcha la industria del vino. Pequeños viticultores cultivaban viñas de 1.000, 2.000 y 3.000 plantas, elaboraban el vino con tecnología artesanal, y comenzaban a construir un mercado.¹³ Como resultado, en los siglos XVI y XVII, Chile se consolidó como el segundo polo vitivinícola de América después del Perú; posteriormente, alcanzó el liderazgo regional, el cual mantuvo en los siglos XVIII y XIX.¹⁴ A fines de esta centuria, la llegada masiva de inmigrantes europeos a la Argentina determinó el *boom* productivo de este país, que pasó a comandar la producción regional en el siglo XX. Pero Chile mantuvo y consolidó su industria. Y a partir de la década de 1980 se lanzó a la conquista del mercado mundial, con vinos cada vez de mayor calidad.¹⁵ En efecto, Chile ya está exportando vinos por valor de U\$1000 millones, monto equivalente a las exportaciones de cobre de El Teniente, la mina de cobre subterránea más grande del mundo.

En términos internacionales, las exportaciones chilenas de vino han logrado cuadruplicar las exportaciones de Argentina, cuya industria vitivinícola tiene una dimensión que duplica a la chilena. Como resultado, Chile se ha consolidado como el quinto exportador mundial

¹¹ Ortega, Luis y Araya, Pamela, "Economía, política y políticas económicas durante la 'República Salitrera' (1880-1914)". En: *Contribuciones*, n° 16, noviembre de 1997, pp. 153-182.

¹² Ferandois, Joaquín, "Guerra Fría y economía política internacional: el cobre en Chile 1945-1952". En: *CICLOS*, Universidad de Buenos Aires, n° 16, 1998, pp. 143-162. Ferandois, Joaquín. "Qué hacer con Codelco. El cobre en Chile, 1973-1998". En: *Revista de Estudios Trasandinos*, n° 4, 2000, pp. 263-284.

¹³ Lacoste, Pablo, *Viñas y vinos en el Maule colonial, 1700-1750*, Talca, inédito, 2005.

¹⁴ Lacoste, Pablo, "La vid y el vino en América del Sur: el desplazamiento de los polos vitivinícolas, siglos XVI al XX", en *Universum* n° 19, vol 2, 2004, pp. 63-93.

¹⁵ Del Pozo, José, **Historia del vino chileno**. Santiago, Editorial Universitaria, 1999.

de vinos, después de Francia, España, Italia y Australia. Además, con estas cifras, el vino se ha posicionado como la principal exportación industrial de Chile junto con los productos químicos. Por estas razones, el Ministerio de Economía de Chile, en su reciente estudio *Prospectiva Chile 2010* ha definido al vino en términos de "Industria emblemática de Chile". Y cada vez tiene más peso la expectativa que va despertando la actividad vitivinícola dentro de la economía chilena. Sobre todo porque ella permitiría superar un largo siglo de dependencia total de la economía nacional, con respecto a las exportaciones de un único producto; además, el vino estaría generando, lentamente, una complejización de las exportaciones, con el agregado de trascender la mera exportación de materias primas para avanzar en la exportación de productos industrializados, lo cual tiene mayor valor agregado, aspecto fundamental en un país que aspira a convertirse en la primera nación desarrollada de América Latina.

Por otra parte, la vitivinicultura es muy atractiva por su mayor tendencia a generar modelos socioeconómicos más equitativos. Desde el punto de vista de la relación entre modos de producción y relaciones de producción, las explotaciones cerealeras y ganaderas han generado, con frecuencia, modelos latifundistas, oligárquicos y poco inclinados hacia la agroindustria, la incorporación de tecnología y la reinversión de la renta. En cambio, las viñas son plenamente compatibles con la pequeña propiedad, con el trabajo intensivo, la industrialización, la inversión de capital y tecnología. Además, genera una serie de actividades secundarias fuertemente dinámicas, como la industria del corcho, la fabricación de botellas, el diseño e impresión de etiquetas y muchas más. Braudel afirma que en Francia las viñas "permitieron el acceso del campesino libre a la micropropiedad, con las consecuencias que implica este proceso. Se ha repetido con frecuencia que Francia, en oposición a Inglaterra y Alemania, era esencialmente un país de pequeños propietarios. Hay que agregar que debe ese carácter sobre todo a la difusión de las viñas".¹⁶

La industria vitivinícola promueve modelos económicamente más industrializados, socialmente más equitativos y políticamente más estables. Además, la vitivinicultura genera un aporte adicional en belleza, armonía e higiene, a la vez que promueve una satisfactoria interacción entre la naturaleza y la cultura. Apoyada en esta actividad, Francia logró convertirse en un gran centro cultural, económico y político de Europa. Y por el mismo camino, Chile tiene en el vino una herramienta de primer orden para pasar de productor primario a la industrialización y alcanzar así su soñado objetivo de convertirse en el primer país desarrollado de América Latina.

¹⁶ Braudel, Fernand, **La identidad de Francia**. (Primera edición: París, 1986). Barcelona, Gedisa, 1993, Tomo III, p. 100.